

Notas personales sobre *El peregrino en su patria*

Antonio Benítez Rojo

¡AHÍ ESTABA EL LIBRO! *ALEJO CARPENTIER: THE PILGRIM at Home*. Había sido publicado por la imprenta de la Universidad de Cornell en 1977, dos años atrás, y después de dar vueltas por la Casa de las Américas, me llegaba el turno de leerlo. Hoy ya no tanto, pero entonces Carpentier era para mí un escritor muy especial, quizás único. Y eso no sólo porque *El reino de este mundo* era una novela histórica muy distinta a otras de su género, ni tampoco porque viera en *Viaje a la semilla* y *El acoso* experimentos formales que anunciaban las novelas del boom. Era, principalmente, porque atraído por la espectacular historia del Caribe, yo buscaba en la novela de la región referentes comunes que me permitieran establecer la existencia de un canon pan-caribeño. Las novelas de McKay, Roumain, Alexis, Harris, Rhys, Reid, Naipaul, Hearn, Selvon, García Márquez, Lezama, Cabrera Infante, entre otras, participaban en mi investigación. Pero era la obra de Carpentier, y sus conexiones con el movimiento africanista y el surrealismo, la que mejor alumbraba mi búsqueda.

De Roberto González Echevarría, el autor del libro, nada había leído y poco sabía: un joven profesor de origen cubano que acababa de organizar en Yale un simposio sobre Carpentier con la presencia del escritor. Ni siquiera sabía que había estado en Cuba. Naturalmente, la primera lectura que hice del libro me desconcertó. Digo «naturalmente» porque acostumbrado a leer críticas de tipo unitario, donde la participación del autor en el acontecer sociopolítico era aplicada como un injerto a su obra literaria y ésta se desarrollaba previsible y coherentemente según lo dictara aquélla, *The Pilgrim at Home* se me había escapado de entre las manos como un pájaro. Allí no había un solo Carpentier; había muchos, y sí, por supuesto, el libro estaba magníficamente escrito y me había ofrecido una gran cantidad de información. Pero

debido a mi escasa experiencia como crítico literario y a mi ignorancia de las últimas corrientes del pensamiento, no pude apreciar entonces que aquellos juicios, que a veces parecían divergir más que converger sobre la obra carpenteriana, correspondían a una nueva manera de leer, esto es, la manera posestructuralista, de la cual no sabía siquiera de su existencia. No obstante, al entregar el libro a la biblioteca de Casa de las Américas, tuve la impresión de que alguna vez volvería a encontrarme con él. Más aún, de que alguna vez llegaría a descifrar las claves de aquel evasivo proyecto.

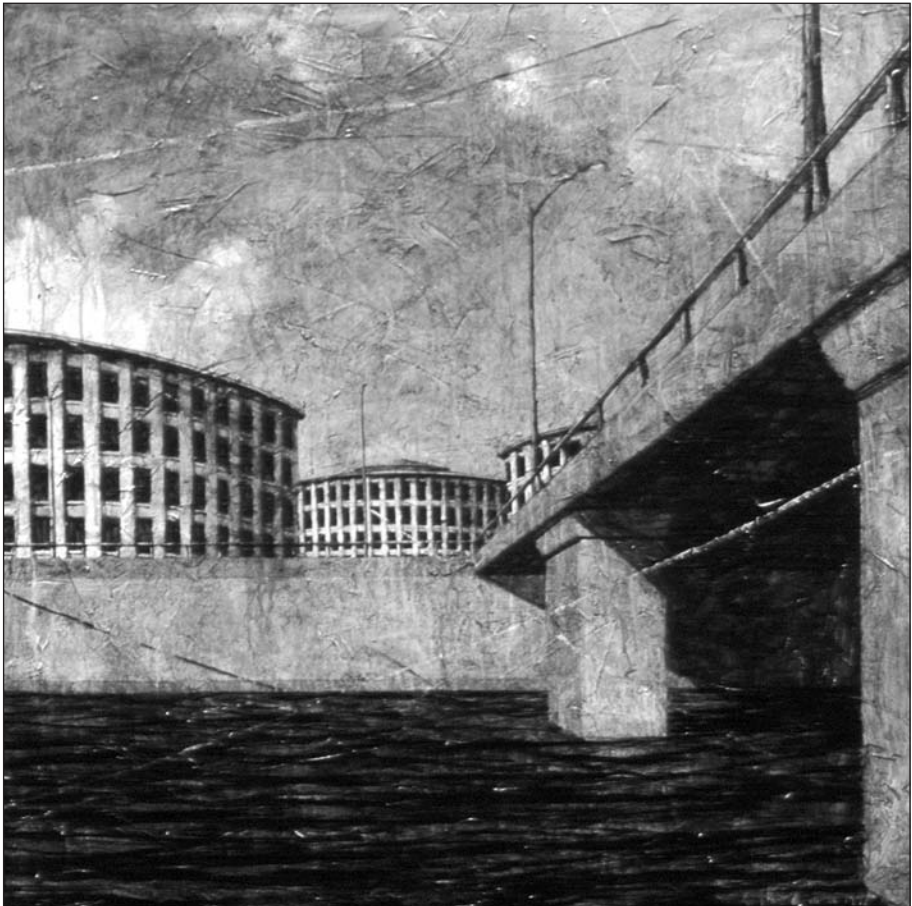
Ocurrió, sin embargo, que tuve oportunidad de conocer a Roberto antes de volver a leer su libro. Nuestro encuentro fue fugaz, apenas un estrechar de manos durante una conferencia del Consejo de Nueva Inglaterra para los Estudios Latinoamericanos que tuvo lugar en la Universidad de Dartmouth en el otoño de 1980. Nuestro segundo encuentro fue en la Universidad de Pittsburgh, donde yo enseñaba cursos de verano. Almorzamos juntos y hablamos mucho de Cuba, de la literatura caribeña y de Carpentier y otros escritores. Vi su presencia en Pittsburgh —debía corregir las pruebas de un número de *Latin American Literary Review* que había editado— como un buen augurio. Días antes, Alfredo Roggiano, profesor en la universidad y editor de la *Revista Iberoamericana*, me había invitado a desayunar para conocer mis planes futuros. Al ver que no tenía otro que fuera escribir lo que pudiera y esperar pasivamente a que otras universidades me invitaran como profesor visitante, Roggiano me miró con lástima. ¿Cómo pensaba ganarme dignamente la vida si de la literatura sólo vivían tres o cuatro estrellas de las letras latinoamericanas? Desde ahora me decía que debía olvidarme de que era un escritor. Como tal, sólo conseguiría esporádicas invitaciones de las universidades por uno o dos semestres, y un año estaría en Texas, otro en Michigan, otro en Virginia, y así. ¿Acaso no me había reunido con Hilda y mis hijos —entonces anclados en Boston— para llevar una vida de familia? Lo que debía hacer era tratar de conseguir una posición fija en alguna universidad, una posición con permanencia. Y la única manera de lograrlo era escribiendo ensayos inteligentes de crítica literaria, presentando ponencias en simposios y congresos, escribiendo reseñas, es decir, dejar de ser un escritor durante algunos años y convertirme en un crítico académico. Un poco amoscado, respondí que nada sabía de la crítica académica y no veía siquiera cómo empezar a aprender. Además, tenía dos novelas en la cabeza y una de ellas me parecía importante. Pero según Roggiano, lo importante era precisamente no escribirlas ahora. Al día siguiente, me dio un sobre manila: contenía la bibliografía que exigía a los estudiantes de su curso de crítica literaria y un *curriculum vitae*. Debía leer todos aquellos libros y tomar como modelo la hacendosa vida intelectual del profesor de literatura hispánica que más prometía en todo el mundo académico norteamericano. El *curriculum vitae* era el de Roberto González Echevarría.

Muy halagado me sentí cuando Roberto me escribió que había incluido *El mar de las lentejas* en su curso sobre la novela hispanoamericana. Me invitó

a Yale en el otoño de 1981 para que fuera a su clase y participara en la discusión de la novela. Desde esa fecha nuestra amistad se estrechó y debo a él una constante ayuda que llega hasta el día de hoy. No obstante, nunca le he dicho que me sirvió de modelo para avanzar en mi nueva profesión, aunque en nuestro caso la competencia es como la paradoja de Zenón de Elea sobre Aquiles y la tortuga: por mucho que uno corra, jamás alcanzará a Roberto, cuyas últimas distinciones son un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Columbia y un asiento en la Academia de Artes y Ciencias de los Estados Unidos. Pero aquí no se trata de reflejar los logros de mi amigo sino de hablar de *The Pilgrim at Home*. Y a estos propósitos diré que me enfrenté de nuevo con el libro en 1984. Para esa fecha, mi situación había mejorado considerablemente. Enseñaba en la Universidad de Amherst desde el año anterior y si publicaba un libro de crítica, podía obtener la permanencia en 1987. Para entonces había leído toda la bibliografía que me había dado Roggiano y un montón de libros más. En realidad, la primera mitad de los 80 fue una pesadilla para todos aquellos que, como yo, aspiraban a desenvolverse en el campo de la teoría literaria. El estructuralismo, la semiótica, la crítica arquetípica y la psicoanalítica todavía estaban en pie, si bien el posestructuralismo, la crítica lacaniana y la filosofía de la posmodernidad y los estudios de género ganaban adeptos velozmente en la vanguardia académica. Recuerdo que me pasaba leyendo, subrayando y tomando notas hasta donde me alcanzara el tiempo, incluyendo el de dormir. El caso es que mientras daba inicio al proyecto que años después habría de ser *La isla que se repite*, no podía deshacerme de la presencia de Carpentier. Era como si el fantasma del escritor me hubiera poseído, impidiéndome interpretar la literatura y la cultura caribeñas de otro modo que no fuera el sugerido por él. Había hecho mío el pensamiento de la posmodernidad, y lo había hecho orgánicamente, a partir de mis propias intuiciones y del conocimiento acumulado a través de mis lecturas. Sin embargo, tratándose de Carpentier, mi mente iba por un lado y mis emociones por otro. Por otra parte, dado su peso en la literatura caribeña, no podía prescindir de sus obras en mi libro. Fue entonces que leí el ejemplar de *The Pilgrim at Home* que me había enviado Roberto en 1982.

Decir que esta lectura fue un exorcismo, sería un lugar común. Fue todo lo contrario: un banquete donde cada obra de Carpentier se saboreaba como un plato distinto; más aún, a veces, como si éstos hubieran sido preparados por cocineros distintos. Además, me di cuenta de que, publicado en 1977, el libro había sido el primero que discutiera la obra de un escritor latinoamericano desde un punto de vista posestructuralista. La crítica resultante no era ni positiva ni negativa. Si bien descubría las numerosas discrepancias del escritor con su propia obra, de su retórica más o menos oportunista *vis-à-vis* su monumental significación literaria, *The Pilgrim at Home* me resultó un libro canónico, un clásico que respondía a una manera de pensar que se burlaba serenamente de la inutilidad de ciertas búsquedas: la identidad, los orígenes, el reencuentro del ser dividido, el esencialismo de raíz spengleriana,

el existencialismo del transculturado, el carácter cíclico de la historia, entre otras máscaras, algunas de las cuales el propio Carpentier descubría en su obra. Está de más decir que los comentarios que hice en *La isla que se repite* sobre *Los pasos perdidos*, *Viaje a la semilla* y *Concierto barroco* deben mucho a las observaciones de Roberto, como se desprende en algunas de sus notas. Pero no soy yo solo quien ha tomado *The Pilgrim at Home* como parte de una base teórica, en primer lugar está Roberto mismo, cuya obra crítica sobre la literatura latinoamericana descansa sobre este magnífico libro que, publicado ahora por Gredos, me acaba de llegar con el título de *Alejo Carpentier: el peregrino en su patria*.



Cuando falla la memoria,
A/L, 107 x 107 cm., 1997.